LA BESTIA HERIDA

OBRAS DE JOSÉ M.ª DEULOFEU

PUBLICADAS

	Pesetas.
La mujer difícil (novela)	3
La odisea de Anselmo Garcés (novela)	3,50
Esclavos (novela)	3
Fracasos y derrotas (novelas cortas)	3
Crápula (novela corta), edición de *El Cuento Levantino*.	
El amor de las muñecas (novela), prólogo de José Francés	3,50
Buitres de ciudad (novela)	3,50
Los literatos (novela)	3
Tanín y su héroe (novela), editada por la Librería Internacional	2,50
Eva Leticia (novela)	3,50
La bestia herida (novela)	1,50

EN PRENSA

El ausente (novela)	3

PRÓXIMAMENTE

La ermita (novela)	2,50

JOSÉ M.ª DEULOFEU DE CADÓRNIGA

LA BESTIA HERIDA

(NOVELA)



MADRID
IMPRENTA DE BERNARDO RODRÍGUEZ
Calle del Barquillo, núm. 8.
1916


Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley
Reservados todos los derechos.


I
CAMINO DE LA FÁBRICA

RA verano; aun dormía la ciudad, al parecer, su sueño de laxitudes y perezas, permaneciendo silenciosa y casi invisible bajo el enorme ropón de obscuridades que la envolvía y ocultaba igual que un manto protector que la misericordia de los dioses dejárale a un fantástico y dolorido titán sobre los hombros para hacerle más tranquilo el reposo de las diarias luchas y agitaciones anexas al proceso de su vida; aun destacábanse apenas, más como ilusión que como real evidencia, en aquella cerrazón de tinieblas, los relieves de aquel cuerpo inmóvil de la ciudad, formados por las diversas edificaciones, que dábanle figura de gallardos contornos cuando en todo su esplendor parecía verterse sobre ella la inmensa cascada de claridades derramada desde el infinito; relieves que en lo obscuro semejaban arrugas de las vestiduras leves que cubriesen el cuerpo de un cíclope yacente abandonado a la inconscien-

cia del sueño bajo las misteriosas evoluciones de aquellos mundos ignorados que flotaban en el espacio; aun brillaban en el dilatado velo del cenit con su fulgor amarillento y vacilante las estrellas, como piedras preciosas de centelleo tristón en los lutos de una hermosa y desolada soberana desconocida, cuando entre débiles rumores que dijéranse producidos por el desperezo de algún ser inmenso, rompíase de súbito el mutismo existente por el eco bronco y prolongado de un bostezo sonoro e inhumano... A este eco sucedíanle otros y otros, brotando de lugares distintos, más fuertes o más tenues, intensificados o debilitados por efecto de las distancias de que procedían... Era un concierto de voces sofocadas, roncas, emitidas por monstruos de leyenda, que por un instante convertían la ciudad en paraje imaginario de las maravillosas fantasías de lo sobrenatural. La inmovilidad en el escenario, aparentemente, subsistía. Era aquél un a modo de aviso, de palabra extraña, pero significativa, que no poseía el privilegio de conmover en pleno a la ciudad, que después de la señal continuaba en su quietud indolente; pero las primeras livideces cenitales del nuevo día permitían advertir en tales o cuales carreteras anchas, extensas y desiertas poco ha, el desfile silencioso de unos a modo de fantasmas que como seres reales vestían, y cambiaban alguna

palabra sin dejar de caminar, siempre carretera adelante, o fraccionándose la fila de seres animados en este o el otro punto para disgregarse en varias direcciones.

Eran mujeres y hombres que caminaban con cierta circunspección, enseriados con la idea de acudir a la convocatoria de determinadas reuniones que tenían para ellos un vital interés. A las mujeres veíaselas con su vestimenta sencilla, de colores azul, negro o blanco; con el pañuelo de seda barata en la cabeza, echado un poco hacia la frente y anudado en el cuello, y con alpargatas atadas con varias vueltas de cinta un poco más arriba del tobillo; y pendiente de una mano y por los cuatro extremos, un pañuelo o un capazo pequeño, en el que llevaban algunas viandas que comían en un momento de descanso, o furtivamente, sin dejar de trabajar y cuando la ausencia del capataz se lo permitía.

Las palabras que servían de breve charla a las mujeres eran siempre análogas:

—¿Cómo tienes los chicos, Fulana?

Y la interpelada respondía que el pequeño estaba en cama con fiebres tifoideas; el *mediano,* según el dictamen del médico de la clínica gratuita, tenía las piernas de deformidad incurable, motivada por un raquitismo agudo; y el mayor, que nunca fuera buena cabeza, iba a entrarle en quintas de un momento a otro...

¡Vaya por Dios! ¡El único que podía haber hecho algo por la casa!... Pero, en fin, quizás la disciplina militar le domara como a un potro, haciendo de él otro hombre.

Pero la madre no se consolaba. Aun siendo su hijo un hombre moralmente inútil, una cosa nociva, una rémora, lo quería..., lo quería por encima de todo, apesadumbrándola la idea de que pudieran mandárselo a Melilla para morir el día menos pensado en cualquiera de aquellas estériles y aflictivas luchas con los moros.

Callaba ésta, y empezaba otra. Poco diferenciábanse los relatos. Todas tenían penas y quebrantos que lamentar. La miseria, la escasez, los hijos enfermos, agotados, como capullos marchitos al abrirse, por deficiencias de alimentación, por pobreza de la savia generativa que los creó, proveniente de organismos caducos, depauperados por las privaciones, el exceso de trabajo y los vicios, podredumbre en la que, a modo de compensación, buscábanse las satisfacciones que la vida parecía obstinarse en querer negar.

—¿Cómo va tu hombre?—interrogaban unas mujeres a otra, pareciéndoles advertir en ella una grave preocupación.

Mal, iba muy mal. La máquina habíale casi triturado los huesos de la pierna derecha. En el hospital le habían asegurado la inminencia

de operar, amputando la pierna por la ingle, y aun así, no podían predecir el resultado.

No todas las compañeras la miraban con simpatía. Es una hipócrita—murmuraba más de una—. Tanto lamentarse, y el gozo le iba por dentro. A buen seguro que ya estaría echando cálculos sobre la indemnización que por la ley de Accidentes del trabajo le correspondía, para gastarse la mitad de ella con el querido que su cónyuge soportábale resignadamente.

Los hombres, por su parte, abordaban el tema cotidiano e invariable de sus apasionamientos políticos; cosa, a su parecer, la de más importancia entre todos los serios problemas de su vida.

—¡Ahora sí que va de veras!—exclamaba uno—. Va a llegar pronto la ocasión de que se demuestre quiénes son *machos* y quiénes únicamente lo parecen. No valdrán pretextos, ni hacerse el tonto o el desentendido. El que no se atreva, el que tiemble de susto, que se quede en casa. A ninguna gallina queremos obligarla a aparentar que es gallo.

Muchos escuchaban sin decir palabra. Algunos apoyaban al vaticinador, poniendo empeño en demostrarse tan exaltados y, por lo menos, tan radicales como él.

El día antes habíase celebrado un mitin en un círculo obrero de Sans, con la asistencia de

bastante público. Había sido una reunión más de tantas análogas, con idénticos recursos de perorante, esgrimiendo iguales tópicos, fantaseando un porvenir con los mismos cuadros y perspectivas de costumbre, con las mismas exclamaciones y arengas de otras veces y con semejantes previsiones de la autoridad gubernativa, puesta de manifiesto en las varias parejas de guardias de Seguridad que a la puerta del círculo aguardaban, esperando una señal cualquiera de alboroto y turbulencia que justificara inmediatamente su violenta intervención. Como otras veces, no se alteró el orden; los entusiasmos y ardores del público no transcendieron a la calle, para convertirse en manifestaciones un poco absurdas y en griterías de estridencia insoportable. No pasó nada.

Todo se había reducido a la emisión de algunos epítetos, a ataques, cuya saña y cuyos odios no iban más allá de lo verbal, contra enemigos indefinidos, contra personalidades abstractas, términos confusos, a los que cada oyente daba una distinta interpretación, aunque en el fondo no variasen gran cosa, en cuanto significaban indicación de cierta colectividad asentada en excepciones, privilegios y poderes, fáciles a los desenfrenos, a las codicias insaciables, a toda concupiscencia moral y a todo el irritante nepotismo, viejo resorte de las farandulerías de la política.

Pero estas reuniones, estos conciliábulos con apariencias de desagrado y de amenaza para las clases gobernantes, eran hechos estériles, constituían en la vida ciudadana un espectáculo más, sin mayor ni menor importancia concluyente.

Los domingos solían ser los días designados para este género de reuniones, que celebrábanse por la mañana, y con excelente acierto de los organizadores, deseosos de atraer el mayor número de público posible. Difícilmente hubieran renunciado muchos de los obreros en las tardes domingueras, por oír las excelencias, ardorosamente expuestas, de un programa político, después de seis días de actividad constante y fatigosa, a la complacencia de ánimo que les prometía en aquellas periódicas concesiones de asueto una sesión de las muchas, baratas y divertidas de cualquier barracón, con honores de teatro, del Paralelo; de una corrida de toros, con su capítulo insubstituíble de emociones supremas y malsanas, o de una excursión a las montañas próximas (Montjuich, el Tibidabo), con la visita de rigor a los ventorrillos de cenadores de caña sin descascarillar, negruzca, casi podrida por las lluvias incesantes de la época invernal; de las mesas toscas y bancos más toscos todavía, ásperos, astillosos, asomándoles puntas de clavos por todas partes, en las

que enganchábanse las ropas del público, con las consiguientes protestas e improperios de éste, en inculpaciones al dueño del ventorro por su desidia incorregible; o con la visita a las tradicionales fuentes de maravillosas aguas de virtudes saludables y no menos extraordinarias propiedades medicinales.

Celebrar reuniones políticas en una tarde de domingo, hubiera sido correr hacia las probabilidades de un fracaso determinado por la escasez de concurrencia. No; era temerario. ¿Qué más hubieran querido los elementos del campo opuesto, sino que una sola vez ocurriera este caso, para echarles en cara, entre sátiras mordaces y júbilos desmedidos, el desaliento de las masas, la desconfianza del pueblo hacia todas aquellas alharacas y utopías, que frente a un momento crítico desvanecíanse, en demostración de que no tenían ningún valor, en demostración de su vacuidad real? Y no era que los del lado contrario infundieran a sus huestes mayores arrogancias y entusiasmos que los primeros, sino que aquellas gentes rudas, atadas para siempre al potro del trabajo material—y ¡ay del día que tal cosa no fuera posible!—, consideraban la política, las vociferaciones del mitin, como algo que, al ser expuesto por otros, relevábales de pensar por su propia cuenta, limitándose a pedirles un gesto o una frase de conformidad o des-

agrado. Para el obrero de simplicidad ingenua, la política, aquella política de asendereadas y viejas imágenes elocuentes, era algo que entretenía a ratos; algo brindador de bienestares y ociosidades y privilegios y libertad de albedrío absoluto en una fecha cercana; algo lisonjero, halagador, como aquellas novelas de folletín inacabable, en que el obrero representaba siempre la víctima de toda expoliación, y el vil metal, descubierto y acuñado para establecer barreras infranqueables entre los humanos procedentes de un mismo germen, era sinónimo de todas las bajas pasiones y todas las podredumbres que corrompían al mundo. En las horas libres, que eran muy pocas, la árida imaginación de los trabajadores manuales buscaba compensaciones asequibles en las dislocadas tramas novelescas de aquellos *llenapáginas* ramplones, de atrofiada mentalidad, que, en pos del necesario sustento, no dudaban en ponerse al nivel moral de aquellas pobres gentes, exponiéndoles en abultados volúmenes conflictos absurdos en que la insensatez, la monotonía y la torpeza sentaban sus reales, con la correspondiente serie de láminas litografiadas con colores vivos e inarmónicos, representando los momentos culminantes de la obra, que había dibujado por una mezquina retribución un artista mediocre. A esta literatura aparejábase la política de ta-

berna, de casinito de barrio, con sus discusiones de vocabulario soez y con la expendición de determinados objetos cuya vista exterior hallábase lógicamente relacionada con la idea: abaniquitos, boquillas, libritos de papel de fumar, cajas de betún y botellas de aguardiente ostentando la efigie o, cuando menos, el nombre del jefe del partido.

El último mitin había sido una repetición de aquellas reuniones de siempre y el pretexto para que lucieran su improvisada oratoria, alternando con tal cual charlatán ya conocido, algunos jovenzuelos con audacia bastante para manifestar sus opiniones en voz alta y ante un público al que, como el de las veladas de fiestas particulares y gratuitas, era fácil conquistar el aplauso y la conformidad, sin más que emitir determinadas afirmaciones propias del caso y del matiz político que destinguía a los concurrentes. Las peroraciones versaban sobre puntos iguales en forma superficial, rematando algunos párrafos, sobradamente largos, en imprecaciones, en epítetos, con la consiguiente colaboración de gestos rotundos y ademanes tribunicios, en un plagio de las actitudes un poco teatrales de los agitadores renombrados de muchedumbres, impresionados por la instantánea del gráfico reporterismo, ávido rebuscador de todos aquellos asuntos a que la actualidad prestara un poco de

interés. Los discursos eran fogosos, aun cuando machacones y sin originalidad; monótonos, como una serie de insultos y de amenazas alrededor de lugares comunes, sin diferenciarse de las discusiones callejeras entre gente de inteligencia raquítica, donde el vacío constituído por la ausencia de las ideas, producto de una experiencia y de una cultura sólidas, intentábase llenar con la brutalidad de conceptos categóricos sugeridos por burdos y espontáneos pensamientos de plebeyez insensata y de animalidad privada del don de razonar.

Hablábase, como de costumbre, de las oligarquías, de la putrefacción del régimen, de las concupiscencias de los gobernantes, del despilfarro de los poderosos, del sudor y la esclavitud proletarios, de la rapacidad y la hipocresía de los frailes, de la ociosidad de las monjas, cuyo celibato perpetuo era un delito contra naturaleza, de lo gordos que estaban los curas y del gran número de conventos existentes en la ciudad, que, lejos de hacer obra provechosa a los intereses del pueblo, procuraban eximirse de cuantos impuestos y gabelas debieran soportar, absorbiendo, por el contrario, las constantes dádivas y liberalidades de las gentes adineradas, a cambio de ciertas fantásticas seguridades constitutivas de una especie de salvoconducto para en la

hora postrera escalar las almas en una ascensión rápida el lugar de los justos en la mansión desconocida de los cielos.

Algunas veces en estas reuniones ocurrían cosas bastante grotescas. Recientemente habíase celebrado un mitin en uno de los pequeños círculos radicales obreros de la barriada del *Poble Sec* (1) para protestar de las obstinadas persecuciones de que era víctima, por mandato del Gobierno e instigaciones de la gente clerical, la clase proletaria. Entre los oradores había hecho su aparición un ruso, prestigioso ex diputado revolucionario expulsado de la Duma y sujeto a castigo por varias de sus campañas en favor de los oprimidos por el absolutismo del Zar y la crueldad inquisitorial del Santo Sínodo. El presidente del círculo había hecho su presentación al público, llenando al luchador del lejano país de elogios entusiastas, llamándole héroe, redentor y apóstol abnegado y sublime de los grandes ideales que habían de salvar a los mártires y a los sojuzgados por todas las tiranías y todas las autocracias de los infames semidioses de la Tierra, con su secuela de privilegiados en derredor, defensores a sangre y fuego de aquel estado de cosas, que era para ellos la

(1) Pueblo Seco. Denominación de un barrio de Barcelona habitado generalmente por obreros.

impunidad y la sanción de todos sus latrocinios, orgías, irritantes desigualdades y atropellos. El presidente, encareciendo la obra política del correligionario extranjero, sentíase penetrado de todos los ardores avasallantes de la palabra, y hablaba, hablaba incansablemente, con brío inusitado, ensalzando *el denuedo y la fe intorcible de aquellos batalladores de Rusia, que caían bajo la bandera de las reivindicaciones de su pueblo sin pedir tregua, sin solicitar ignominiosos perdones, ungidos de santidad, de una santidad que no comprendían los mixtificadores de las religiones del amor y del bien, fariseos de todos los tiempos...*

El público oía aquella fraseología sin pestañear. A decir verdad, no le entraba muy adentro, no acababa de convencerle. El ruso, por su parte—Alexis Wisnikiavitch—, sentado cercano a la mesa, detrás de la cual agrupábanse los oradores, miraba a éstos y al público con miradas mortecinas, esforzándose en disimular su aburrimiento. Era un hombre alto, seco, de faz terrosa, la nariz afilada, labios gruesos, la frente ancha, la barba pequeña en punta y los cabellos alborotados y negros. Lo primero que advertíase en su rostro demacrado, ascético, era el brillo de los cristales de sus lentes, heridos por la luz, y la mancha obscura y pequeña de su bigote sin

guías. Su aspecto era triste y miserable. Llevaba un traje negro raído y con manchas, que exhibía despreocupadamente. Sus manos, largas, pálidas, vellosas y huesudas, retenían sobre sus rodillas un sombrero pardo y viejo de castor, siempre en la misma postura, en una inmovilidad de estatua, a la que alguien, irreverente y humorista, hubiera añadido, con torpe afán de ridiculizarla, aquel detalle profanador del sombrero grasiento como una nota desagradable de color, que desentonaba de aquella actitud grave y dolorida de silenciosas inquietudes. Llevaba la chaqueta abrochada hasta arriba, dejando ver apenas el cuello postizo amarillento y el lazo desigual y torcido de una corbata de color chillón. Parecía un pordiosero vestido con ropas desechadas. El presidente había referido con ademanes trágicos el supremo dolor y la suprema iniquidad de los presidios de Siberia... Pero aquella enumeración de desdichas, de horrores y de torturas empezaba a aburrir al público. Cualquier ruido, cualquier suceso insignificante bastaba para distraerle. Hubo un momento en que pudo comprenderse como unánime el deseo de que alguna interrupción, viniera de donde viniese, establecida por algún hecho imprevisto, pusiera coto a la pesadez de aquel discurso. Y el hecho se realizó. Un gato, surgido sin saber de dónde, atravesó

el tablado en que estaban los oradores, y deteniéndose de pronto junto a la figura austera de Alexis Wisnikiavitch, quedósele mirando fijamente, como perplejo ante una visión extraordinaria. Del público salieron estrepitosas carcajadas que desconcertaron al perorante en el punto más transcendental de su oración. Desencantado, contrariado, aceleró el término de su discurso. Alexis Wisnikiavitch no comprendió el motivo que indujera al público a manifestarse en aquella forma de desconsiderado y súbito alborozo. Habíale extrañado sobremanera el contraste de las risas del auditorio y el ademán enérgico y severo del orador.

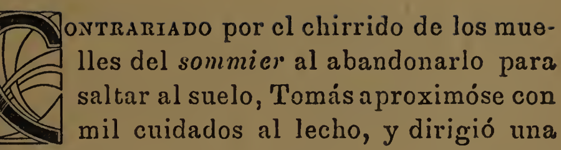
El político extranjero no conocía más idiomas en que poder expresarse que el de su patria, y algo incorrectamente el francés. En la lengua de la patria de Víctor Hugo dirigió al público, al final del acto, algunas frases de gratitud y simpatía, que éste acogió con grandes aplausos, tergiversándolas caprichosamente.

Poco después el público abandonaba el local, sintiéndose íntimamente defraudado. Aquellas incursiones extranjeras en *su política* no eran de su gusto.



II

EL HOGAR MÍSERO



Contrariado por el chirrido de los muelles del *sommier* al abandonarlo para saltar al suelo, Tomás aproximóse con mil cuidados al lecho, y dirigió una mirada inquieta a su mujer y a su hijo, temeroso de haberles interrumpido el sueño. Al verificar aquel rápido examen, sintióse invadido de una gran emoción. Tomás apenas había pegado los ojos en toda la noche. Una gran zozobra, un desasosiego irreprimible habíale impedido rendirse al descanso, del que hallábase tan necesitado. El cansancio no llegó a dominarle hasta el punto de vencer momentáneamente todas sus preocupaciones, sometiéndole a la necesidad inconsciente del reposo. Y eso que el día anterior fué un día duro, de excesiva tarea, habiendo trabajado él y otros compañeros en horas aparte de su jornada; y si bien había cobrado, en concepto de trabajo extraordinario, algunas pesetas más que de costumbre, era también cierto que al salir de

la fábrica sentíase verdaderamente quebrantado, sin ánimo para llegarse después de cenar al casino como otras veces, buscando distracción un par de horas con unos partiditos de dominó, que, prudente y avisado, en caso de perder, representaban para él sólo un desembolso de unos pocos céntimos, que efectuaba sin manifestar violencia ni enfado, demostrando que en el juego no buscaba las sensaciones malsanas de exaltación por que dejábanse arrastrar muchos desgraciados, sino ligero pasatiempo, en el que apenas ponía el superficial interés con que acicatábale la pueril vanidad del triunfo. Mientras los demás compañeros discutían acaloradamente las mil y una trivialidades políticas acaecidas en el transcurso de unos días o de unas horas; mientras alababan con expresiones soeces y obscenas el descoco y las protuberancias carnales de cuatro prostitutas cantatrices de esta o aquella barraca del Paralelo; mientras se juramentaban para hacer *de las suyas* en mítines próximos a celebrarse contrarios a sus ideas, en ir a silbar y a escandalizar frente al edificio en que estaba la redacción de tal o cual periódico, o en que vivía este o aquel personaje político sustentador de opiniones distintas, Tomás, mostrándose discreto, no intervenía, o, a lo más, expresaba en pocas palabras, para salir del paso, si a ello se veía requerido, su dis-

conformidad o su asentimiento con lo que estaba tratándose. Era un hombre pacífico, con suficiente instinto para comprender la inutilidad de aquellas conversaciones, en las que de tal manera mezclábanse el arrebato de la pasión y el anhelo absurdo de la polémica, sin razonar los pareceres de este o aquel modo, sino afirmándolos con las argumentaciones contundentes de la acción, de la actitud provocativa, del reto intolerable, en un deseo estúpido de pendencia en que pudiérase hacer gala de matonismo y de majeza dominante.

Tomás Minguella era un buen hombre; eso sí, con el genio un poco vivo, que manifestaba sin recato ante una injusticia, una reprobable acción, una artería, una deslealtad. No podía transigir con las malas gentes ni con los hábitos vituperables de la grosera plebeyez, de la gentuza... Tenía sus convicciones arraigadas, firmes; por nada hubiera caído en una despreciable apostasía, en una vergonzosa abjuración de todos sus ideales, en los que comulgaba sin las más tenues dudas o ligeros titubeos. ¡Sus ideas de perfección, de amor, de libertad, de justicia!... Sabíase dolorosamente ignorante, comprensivo de su cortedad de principios; pero jamás ocurriósele vengar las nieblas y obscuridades de su inteligencia con un odio sin límites a los que creía mentalmente superiores a él. Admirábalos en silen-

cio, estremecido, deslumbrado, como si ante sus ojos acabara de pasar un resplandor intenso que hubiérale cegado unos minutos. Con el pensamiento prosternábase ante aquellos seres excepcionales para pedirles un poco de su videncia, de aquel don supremo de descubrir y de crear, que le permitieran comprender en toda su magnitud las grandes y bellas obras de la Naturaleza y del hombre. Pero en aquel deseo vehementísimo, en aquella necesidad tan absoluta que sentía de no pasar por la Tierra como el ciego por los parajes fastuosos y radiantes de un mundo que no le decía nada, declarábase vencido casi siempre, desalentado, triste, con una tristeza que era para él una voz de reproche, exponiéndole la esterilidad de sus inquietudes infructuosas en el intento de asomarse más allá del límite de su vida vulgar de hombre rudo, de hombre hecho para el batallar, en que sólo eran necesarias sus energías físicas, su resistencia corporal, su acatamiento a las leyes naturales de la vida, que le exigían sus funciones orgánicas de procreación.

—¡Ah! Mi hijo no será un desgraciado como yo...—pensaba Tomás Minguella con resolución inquebrantable—. No será el hombre que únicamente conoce el ritmo metálico y el manejo de una máquina, como la bestia obligada a dar vueltas a la noria uno y otro día, hasta

que el aliento le falte súbitamente y otra la reemplace.

Cuando Tomás, junto a la cama que acababa de dejar, contemplaba el grupo de su hijo y su mujer inmóviles, cerrados los ojos, soñando tal vez cuadros de optimismo y visiones felices, o acaso visiones de angustia y de padecimiento, suspiró con pena. ¿Por su mujer? ¿Por su hijo? Por los dos. Por su hijo, que constituyera toda su ilusión, perseguido por la fatalidad obstinadamente; por su mujer, compañera abnegada, que venía disimulando con un esfuerzo poderoso de voluntad todo el quebranto, toda la opresión, todos los sinsabores pertinaces de una existencia de castigo. Porque sin ella, sin una mujer de su carácter, de su espíritu, de su temple, ¿cómo soportar sin desfallecimientos, sin desmayos, los golpes continuados y sañudos de la mala suerte, que no quería separarse de ellos? Sin ella, sin su cariño, sin su infatigable solicitud, ¿qué fuera de aquella criatura, necesitada de cuidados y ternuras constantes? No; que no pretendieran justificar la amorosa inclinación y las bondades inagotables de su compañera invocando el sentimiento maternal con la idea de quitarle mérito... Tomás Minguella no era un joven, poseía ya experiencia, conocía cosas del mundo, y, por haberlas visto, podía dar fe de ellas con un convencimiento pleno. El

vínculo estrecho, tan inmediato, creado por la paternidad, en la mayoría de los casos no hacía evolucionar los sentimientos propios. Tomás había conocido más de un matrimonio que miraba a los hijos con hosquedad, con odio, como a un obstáculo que les impedía entregarse en lo futuro insensata, loca y despreocupadamente a la embriaguez de todos los placeres de una vida de sensualidad y desconcierto irreflexivo. ¿No era de ello un buen ejemplo lo que ocurría en el hogar de un compañero suyo? Tenían dos hijos, ambos varones, de poca edad. Uno de ellos, enfermo del pecho, y a quien desahuciaran los médicos en el momento de verle, trabajaba ocho horas diarias en una fundición, desempeñando una tarea penosa, que contribuía a hacer más agudo el carácter de su dolencia; el otro, no menos desdichado, algo idiota, lleno de costras y de roña repugnante, correteaba todo el día por aquellas calles de Dios, pasando varias horas confundido con los *golfos* que andaban escurriéndose por los tinglados y depósitos de mercancías del puerto, aquí metiendo mano por entre los agujeros de los cestos de fruta, sacos de harina y balas de algodón, y allí recibiendo más de un estacazo, pena mínima que podía resultarles de los vigilantes, que, al acecho, solían sorprenderlos cuando con mayor tranquilidad realizaban sus actos ilegales.

Tomás recordaba con tristeza y con ira el abandono y el desprecio en que vivían las dos infortunadas criaturas, repudiadas por sus padres con asco, y a las que tal vez no atrevíanse a suprimir de golpe, violentamente, por el temor a las consecuencias de la ley.

Al irresponsable, al perturbado, viólo Tomás en una ocasión conducido por las calles de Barcelona, atado codo con codo, entre dos guardias. De resultas de aquel mal paso, el infeliz había estado mes y medio en la cárcel purgando su fechoría. En todo aquel tiempo Tomás no advirtió en su compañero la más ligera pesadumbre, la más ligera contrariedad, motivada por la situación precaria del hijo, convertido en doloroso monigote de todas las miserias y degradaciones. Un día que no pudo contenerse y *saltó*, y, hablando, dijo algo de lo mucho que pensara de la infame conducta de su camarada, hubo de morderse la lengua a tiempo, en evitación de algo desagradable. De seguir, hubieran llegado a las manos prontamente.

Ahora, mirando a su hijo con ternura indefinible, había recordado aquello sin darse cuenta. En esta contemplación muda seguía Tomás Minguella, cuando reparó en que su mujer, abriendo los ojos, mirábale fijamente. Al percatarse de ello, él hizo un vago gesto de contrariedad; pero su mujer, tocándole en un brazo, le habló quedamente para tranqui-

lizarle. No, ella no dormía; no pudo hacerlo durante la noche más que cortos momentos. La inquietud de uno era también la inquietud de otro. El día anterior ella había llevado al niño a la clínica gratuita de un médico oculista que habíanle recomendado unas vecinas. El diagnóstico no había sido esperanzador, no. El niño padecía una grave afección a la vista. No recordaba ya ella la denominación que diera el médico a la enfermedad... Era un nombre raro, un nombre incomprensible y que, sin embargo, infundióle una emoción súbita de algo terrible y acongojador que la amenazaba irremediablemente. En vano, al reunirse por la noche en el hogar los cónyuges—él de regreso de la fábrica, y ella de vuelta de la clínica y de visitar a alguna amiga en solicitud de parecer y de consejo—frente al hijo, que sonreíalos ingenuamente, mirándolos con sus ojitos enrojecidos y opacos, torturáronse el pensamiento inquiriendo en una ojeada retrospectiva la causa a que obedeciera la dolencia que tan penosos efectos pudiera tener para su hijo. Primero cada cual dió su opinión indecisa, recurriendo al *tal vez, quizás, me parece;* pero sin decidirse a afirmar nada categóricamente. Después, obcecados por el quebranto doloroso que experimentaban ante la desdicha inmediata e inesperada, dieron en atribuírse la culpa mutua-

mente, hasta que, sobreponiéndose la sensatez, comprendieron que con sus últimas razones, más o menos justas o acertadas, no conseguían, en cambio, resultado alguno de provecho que sirviera para atajar el mal. Triste convencimiento, que, al devolverles una parte de serenidad reflexiva, indújoles a una reciprocidad de mentales disculpas y renovación de afectos. Pasado el primer momento de exaltación, sintiéronse más necesarios uno de otro, con más plena necesidad de confiarse, de aunar sus pensamientos, de discurrir un medio, al unísono sus amarguras y sus remotas esperanzas. ¡Quién sabe! Acaso los vaticinios fueran, por fortuna, exagerados. En un tan breve reconocimiento como el efectuado, era muy posible una equivocación. Hacíanlo con tan escaso interés, que fácilmente pudiera darse el caso de un error.

Hasta media noche se pasaron el tiempo haciendo juicios, deseosos de afianzarse en un optimismo que les confortara el ánimo.

No, no habían dormido: veíanseles en el rostro las huellas visibles del insomnio. El niño, junto a su madre, reposaba tranquila y dulcemente, con una mano apoyada en el seno de ella, y el rostro, de perfil, casi oculto en el hueco de la almohada. Amanecía. En el cielo distinguíase, entre una muy leve claridad lechosa, un tenue arrebol.

En un momento Tomás vistióse y se lavó. En el estrecho y corto pasillo de la vivienda despidióse de su mujer con unas palabras de cariñosa recomendación, y, sin atreverse a besar a su hijo por el temor de despertarle, se marchó. Ella habíale acompañado hasta la escalera para evitar el ruido de la puerta, que con mil precauciones cerró luego suavemente. Retrocedió a la alcoba, a la reducida habitación de aquel pisillo alto, con ventanas como tragaluces, por donde entraba la claridad diurna con dificultad, dando aspecto lóbrego a aquellas paredes y techos medio desempapelados, negruzcos, con una capa adherida de humo y polvo que no lograra borrar el más fuerte y tenaz de los fregados.

Era aquélla una de tantas casas viejas, estrechas y sórdidas, habitadas por gente de humilde condición, fincas que, por lo escaso de sus rendimientos, tenían los propietarios en la mayor desidia, no llegando nunca el momento oportuno de una compostura, de un arreglo, por pequeño que fuese el desembolso que aquél pudiera representar. Era inútil toda súplica, cualquier reclamación. No valían la pena de atenderse, siendo considerado motivo baladí el cuarteamiento de un tabique, las desnivelaciones producidas por agrietamientos parciales en el pavimento, o las goteras del techo de aquel último piso, por donde rezumaba

el agua de las lluvias. El tanto por ciento era un enemigo irreconciliable de todo sentimiento bondadoso, y hasta de la propia dignidad humana. El aspecto exterior de aquella casa, evidentemente, no permitía engaño. Las paredes de su fachada eran amarillentas, de un amarillo sucio, con los agujeros obscuros y pequeños de los balcones, con barandas estrechas, torcidas, cubiertas de una capa de orín, y de las que escurríanse pared abajo extensos regueros terrosos y verduzcos, como serpientes secas y aplastadas, sobre los abultamientos de la epidermis de cal de las paredes, que, hinchada por el calor del sol y la humedad de las lluvias, desprendíase a trechos... Era una casa insegura y antihigiénica, con patios estrechos y obscuros como pozos, por los que ascendían las vaharadas apestantes de los corrales improvisados de abajo, con el hedor de los retretes de sistema primitivo y con el humo de las cocinas, saturado de cien olores diferentes que producían sofocación a la garganta. La escalera, como un tubo, estaba casi siempre en penumbras, abandonada, sucia, con los peldaños desgastados y rotos y con el pasamanos pringoso y asqueante. El portal era triste, con su globo de cristal esmerilado roto de una pedrada, y por el cual lucía vacilante una llamita azulenca que apenas alumbraba lo suficiente para ascender los primeros escalones con seguridad.

Por las noches alguna mujerzuela, aprovechando la falta de vigilancia, escogía los rincones del portal sombrío para ejercitar con relativa tranquilidad, aun cuando incómoda y violentamente, los actos vergonzosos de su industria.





III

LA VIDA ES LUCHA

EL alboroto de los gallos del patio le había despertado.

Vicenta, la mujer de Tomás, oyó a su hijo desde la cocina, en que estaba limpiando unos cacharros, y aquellas palabras ingenuas, un poco absurdas, del niño, sugeridas por las imágenes postreras de su sueño, fueron bastante para hacerla tirar lo que tenía entre las manos y lanzarse a todo correr hacia la alcoba, temerosa de verle bajo un peligro inmediato e interpretando por quejas lo que sólo eran fragmentos de palabras un poco inconexas.

Al advertir con una rápida ojeada que no ocurría nada anormal, se tranquilizó; pero no tanto que dejara de murmurar por lo bajo algunas pestes contra el vecino habitante de la tienda, culpable, con su gallinero maloliente e insano, de turbar a deshora el sueño y el reposo de la vecindad. ¡Dichosas aves! ¡Así se le murieran todas de una epidemia! Pensar

que por causa de ellas era raro el día en que su hijo no sentía interrumpido su descanso... Malhaya el hombre aquel, que no admitía razones ni quejas de nadie, encaminadas a hacerle quitar el infecto corral, instalado en un rincón del patio, ya de sí hediondo, con las exhalaciones pútridas de las aguas encharcadas de las lluvias, que por la atrancada rejilla del desagüe apenas podían correr, y la capa de basura que entre los desperdicios que amontonaba el tendero y los residuos que de hortalizas y demás viandas arrojaban algunos vecinos sucios, con el pretexto de facilitarle al hombre de la tienda la manutención de sus animales, convertían el obscuro patio en un estercolero repugnante.

¡Cualquiera se ponía a mal con el dueño de la tienda, que era de artículos comestibles! Quién más, quién menos, de los del barrio, tenía alguna cuentecilla pendiente con él; y los que vivían en la misma casa no eran los más en situación de ir a alzarle la voz con motivo de ciertas molestias, cuando, gracias al crédito que de él disfrutaban, podían abrigar la casi absoluta confianza de que ningún día herviría el puchero con agua sola, a menos que algún retraso de pago un poco largo le indujera a conminar a sus deudores con la próxima anulación de su favor. Claro está que, a cambio de estas facilidades, el comerciante

endosaba a su parroquia artículos de clase deficiente, convencido de que no serían muchos los que se atreviesen a dirigirle reproche alguno. Vendía caro y malo; pero no se mostraba inexorable como otros que ostentaban en el lugar más visible del establecimiento el cartelito con letras grandes y negras, motivador de pánico en las gentes de modesta condición: *Hoy no se fía aquí; mañana, sí.* Y como el cartel figuraba todos los días en el mismo sitio, la sarcástica concesión anunciada para mañana no llegaba nunca a su punto de efectiva realidad.

Si alguien hubiera intentado recoger firmas de adhesión entre los vecinos del tendero para ir con un pliego redactado en términos de queja a la autoridad municipal del distrito, no hubiera hallado ambiente favorable a su pretensión.

Vicenta misma no se hubiera decidido a colocarse abiertamente frente a él. Disfrutaba de pequeños plazos para los pagos, y si bien es verdad que saldaba sus deudas puntualmente, no resultaba menos cierto que al liquidar cuentas atrasadas creaba cuentas nuevas, que teníanla en todo momento manumitida a las molestias e intemperancias características de aquel hombre, aparentemente infeliz y casi tonto, que se constituía con su mira y razón en inefable apoyo de los que navegaban bajo

una continua borrasca de estrechez y de necesidad.

A lo más que podía llegar Vicenta, era a desearle en su fuero interno todo género de sinsabores; pero que no llegaran a afectarle grandemente.

En un momento Vicenta vistió al niño. A cada prenda de ropa que le ponía, prodigábale todas las cariñosas palabras, todos los tiernos elogios que le sugería su sentimiento maternal, exacerbado con la desdicha que ahora amagaba a la criatura... Era una fusión del hondo cariño que siempre le profesara y de una dulzura de piedad y una vehemencia de angustia que los presentimientos más tristes hacían cada vez mayores.

—*Fill meu! Reyet preciós!* —decía besándole, en un transporte de ternura, mientras, apoyando un pie del niño en sus rodillas, abrochábale una bota con el mayor cuidado—. *Qué et fa mal, maco, qué et fa mal?*—preguntábale una y otra vez con un anhelo doloroso de saber por su propio hijo la verdad y la importancia del mal que le aquejaba—. *Els ullets? Qué tens als ullets?*—seguía en su interrogatorio, fijando una mirada ávida en las pupilas de su hijo, quien, con la inconsciencia de sus pocos años, miraba a su madre con una sonrisa, un poco molesto por la leve opacidad que hacíale ver las cosas algo imprecisamen-

te, a través de un velo tenue que le desconcertaba un poco.

Vicenta era una mujer todavía joven—unos treinta años—, no mal parecida; un poco baja de estatura, pero bien proporcionada; menudita, pero ágil; tenía el pelo castaño, morena la tez; los ojos negrísimos, de mirada febril; la frente pequeña, con una casi imperceptible arruga prematura, y en los labios gruesos, de un rosa leve, labios de anémica castigada por un régimen de fatigas y estrecheces, florecía una sonrisa de bondad. Recién casada, habíase empeñado en trabajar en la misma fábrica donde trabajaba su marido; pero él primero, y ella después, convenciéronse de que era forzoso renunciar a ello. Para hacer desistir a su mujer de aquel propósito habíase visto precisado Tomás a adoptar una resolución enérgica. Vicenta, a pesar de su disimulada repugnancia, hubiera continuado yendo a la fábrica, a no oponerse su marido de manera terminante. No; Tomás no podía consentirlo; no podía acostumbrarse a ver a su compañera entre aquellas mujeres, que, viéndola comedida, discreta y corta de carácter, vengábanse de su prudencia y de su apartamiento instintivo haciéndola blanco de las sátiras más enconadas. No; Vicenta no era como ellas, ¡qué había de serlo!: esto saltaba a la vista inmediatamente. Silenciosa, llena de formalidad, atendía úni-

camente a la obra que le estaba encomendada, poniendo en su trabajo toda la atención posible. A veces cambiaba alguna que otra palabra con sus compañeras para que no la motejaran de insociable y a fin de no crearse antipatías; pero cuando entre éstas dábase comienzo a determinadas conversaciones escabrosas, salpicadas de groserías y de desvergüenzas, plebeyas, descarnadas, sin que el menor recato indujéralas a atemperar las frases más brutales y cínicas, Vicenta aferrábase a un mutismo penoso; se la veía la contrariedad, el sufrimiento y la turbación pintados en el rostro. Se ponía un poco pálida, sus movimientos hacíanse más nerviosos, más acelerados, de un ritmo mecánico.

Al salir de la fábrica aumentaba el malestar de Vicenta. Casi sin percatarse veíase envuelta por sus compañeras, que, sabiéndola prudente y pusilánime, gustaban de herir su dignidad con las expresiones más canallescas de un léxico soez. Vicenta, humilde, modosa, de un temperamento bastante delicado, constituía una disonancia entre aquellas mujeres descocadas, indecorosas, de hábitos extremadamente groseros, que se apostaban en la carretera para apabullar a los hombres con sus palabras retadoras e indecentes, emitidas con aquel ceceo peculiar que era en casi todas el distintivo de su condición moral.

—*Azcolta, mossa. Espresionz al teu home quant el vegiss... Y no tel mengiz tot...; deixansen una mica, cenz? No el xucliz mazza...* (1).

Estas y semejantes procacidades oía Vicenta dirigidas a ella; pero, sin preocuparse de dónde partían, separábase del grupo y dirigíase, llena de rubor y de vergüenza, a una esquina de una calle próxima, en la que aguardaba pacientemente a su marido.

Aquello se repetía diariamente, era la cantinela cotidiana. Vicenta, para cooperar al esfuerzo de su marido, sentíase anhelosa de ayudarle, con el halagüeño pensamiento de que, viviendo sin apuros grandes, pudieran ahorrar unas pesetillas para el día de mañana; pero tan honrado afán hubo de malograrse sin remedio. La actitud de las compañeras de Vicenta hacíase cada vez más inaguantable, y un día intervino Tomás, y a su presencia surgió la figura de otro hombre dispuesto a responder a las ofensas del marido en forma agresiva y violenta. ¡Era imposible! Vicenta, aterrada, abrazóse fuertemente a su hombre temiendo una desgracia, y no sin grandes esfuerzos de su parte, pudo evitar que aquel día tuviera transcendencias fatales y tristes en

(1) «Escucha, muchacha. Recuerdos a tu hombre cuando le veas. Y no te lo comas todo; déjanos un poquito, ¿oyes? No lo absorbas demasiado...»

los anales de su vida. Se conjuró la catástrofe; pero por la noche Tomás y su mujer tomaron una determinación. Era imprescindible; el día menos pensado Tomás se hubiera visto en un mal paso. Él, tan pacífico, tan enemigo de discusiones, de pendencias, se hubiera hallado ante el terrible dilema de morir o de matar. Desde aquel día Vicenta no volvió al trabajo. Abatida, triste, con amargura profunda, quedábase en casa, viendo marchar a su marido hacia la fábrica, obediente al conjuro de la sirena, que resonaba en el silencio de los amaneceres como el bramido de una bestia que se desperezaba, ansiosa de poner en actividad los numerosos tentáculos de hierro y acero que, movidos por la gigantesca máquina principal, llenaban de ruidos estridentes de catarata el edificio, y le imprimían, en dominantes rumores sordos y abismales, una suprema vibración.

Vicenta se resignó; pero no hasta tal extremo que decidiera estarse ociosa. Ella veía volver a su marido con el cansancio visible en todo su cuerpo, aun cuando mostrábase satisfecho, jovial y dicharachero, y por nada del mundo hubiera transigido ella en vivir regaladamente, sin preocuparse de cosa alguna, mientras su marido trabajaba como un negro, tal que si el matrimonio no hubiera de ser para él otra cosa que una pesada carga y un aumen-

to de preocupaciones, a cambio de esta o aquella satisfacción carnal que también pudo procurarse sin necesidad de atarse a una mujer para toda la vida. No; Vicenta no podía ver en su marido al hombre que, por el hecho de serlo, estaba obligado a trabajar para ambos, dispensándola a ella de toda molestia y toda inquietud, por leves que fuesen. Cuando al mediodía y por la noche, en las horas del yantar, veíale ante la mesa sudoroso, aligerado de ropa, al descubierto el pecho, no muy robusto, con la respiración un tanto fatigosa y anhelante, como si todavía se hallara bajo el peso de la ruda tarea cotidiana, mirábale como a un héroe, sin pensar un momento que lo que ella creía tan meritorio y excepcional, no era otra cosa que el esfuerzo activo tan vulgar que propendía a procurarse el sustento a millones de seres. Vicenta quería a su marido con todas las ignorancias, las ilusiones y los deseos intensos y mal definidos con que pueda querer una mujer. Mirábale como a algo superior; pero no con la sumisión con que el esclavo acata jerarquías por la fuerza del látigo, sino a impulsos del mucho cariño que por él sentía, viendo en su hombre un apoyo, una protección, un guía noble cuya bella misión era impedirla resbalar por todas las pendientes escurridizas de los caminos del mundo, apartando de sus labios en lo posible

el fruto amargo del dolor, y preservando su cuerpo y su espíritu, de los que él se mostrara tan idólatra, de los pinchazos torturantes de la adversidad. Pero ella no quería agobiarle con el peso moral que significara para él la compañía de ella, sino que, por el contrario, se proponía aligerársela, hacérsela inadvertida casi, endulzándola con las ternuras y delicadezas de su cariño y aliviándola con la cooperación suya resuelta, en la medida de sus cortos alcances. Con tal insistencia manifestara a su marido este designio, que él, sin deseo de seguir contrariándola, allanóse a lo que pedía y le ofreció proporcionarle una ocupación, no tardando en cumplirle su promesa. A los pocos días Vicenta vió realizarse lo que tan obstinadamente apeteciera. Tratábase de un trabajo sencillo que podía hacer en su misma casa, consistente en forrar y adornar cajitas para dulces. Eran cajitas de lujo, con las tapas cubiertas con sedas estampadas reproduciendo cuadros famosos, y los cantos forrados de galón fino tejido en oro y sedas obscuras. Al cabo de una semana, Vicenta, ya impuesta perfectamente de las operaciones que requería su trabajo, aseguró a su marido que, sin matarse mucho, podía muy bien comprometerse a dejar terminadas seis y hasta ocho cajas por día, lo cual le aseguraba un sueldo semanal de quince a veinte pesetas. Un mara-

villoso ingreso inopinado. Pero Tomás, sonriendo complacido, la reconvino cariñosamente. No; no quería que estuviese de la mañana hasta la noche sin dar paz a la mano. Que lo tomara como labor de entretenimiento, bien; pero oponíase a que pasara de ahí.

Vicenta transigió aparentemente con los deseos de su marido; pero a sí misma prometióse no descansar, con el fin de sacarle el mayor provecho posible a aquella coyuntura feliz; pero la realidad no fué a tenor de su deseo. Entregadas las primeras cajas, hubo de aguardar unos días hasta recibir otra cantidad análoga. No había prisas. Se trataba de un artículo de lujo, y por tanto caro, que no se vendía con la misma facilidad que los panecillos o los garbanzos...

Vicenta tuvo una desilusión; pero se conformó... ¿Faltábales lo más necesario? ¡Entonces!... Debía renunciar a sus nobles ambiciones, no fuera que Dios, en castigo, se lo quitara todo... El embarazo de Vicenta no tardó en presentar sus indudables síntomas. Ella y su marido admitieron el aviso precursor sin lamentaciones, pero también sin alegrarse demasiado. Un poco pronto venía aquello. ¡Si les hubiera dado el tiempo preciso para guardar unas pesetillas! Encontrábanse desprevenidos, sin fondo alguno de reserva pecuniaria con que poder hacer frente a cualquier con-

tingencia. Era Vicenta tan endeblucha, tan delicada de salud, que había que preverlo todo... Pero, en fin, bien venido lo que fuese, sobre todo si no llevaba consigo quebranto serio para la designada a rendir a la vida el tributo generoso de la maternidad. Y llegó el momento de inquietudes, y vino el hijo, el rorro lloricón, al que los compañeros de Tomás hicieron distintas profecías para lo porvenir, desde el que aseguró que sería un negociante más vivo que una ardilla, un estupendo torero que dejaría en mantillas al propio *Bombita,* o un picaruelo redomado e hipocritón, con la astucia y la suficiencia necesarias para asumir la superioridad en un convento de frailes.

Hubo compañero tan franco, malévolo y brutal, que vaticinó que el chico—pues chico era—sería un hombre guapo y arrogante, con méritos físicos suficientes para vivir a costa de las cocotas del gran mundo. Para el hombre, esta afirmación constituía el más alto elogio. Pero de todas las opiniones prematuras, la que mayormente halagó a Tomás fué la de un compañero que vaticinó que el vástago sería un hombre de ciencia, un hombre de saber.

¡Ah, cómo lo agradeció Tomás! ¡Cómo miró a aquel muñequillo colorado que perneaba y hacía extraños visajes para llorar! ¡Con qué ansiedad clavó en él los ojos! ¡Con qué afán

de compensación a sus dolorosas tinieblas de ignorante buscó en aquel cráneo un poco disforme, en aquella frente estrecha y abultada y en aquellos ojillos lacrimosos de la criatura los signos, los detalles incipientes reveladores de aquella afirmación del compañero bondadoso, que había removídole inconscientemente todo el fondo de sus inquietudes y deseos.

Pasó el tiempo, y acaeció la desdicha remotamente presentida. Vicenta no podía seguir criando al niño. Madre e hijo extenuábanse rápidamente. La criatura empezaba a adelgazar, y Vicenta, por su parte, iba quedándose sin fuerzas, con una debilidad y una falta de ánimo que le doblaban el cuerpo al menor movimiento. Fueron inútiles los paliativos que al principio interpuso Vicenta para impedir lo que era tan preciso. Convencida al fin, y asustadísima de comprender que su hijo se le iba por momentos, asintió en que se adoptara el posible recurso de la lactancia artificial. La criatura no sucumbió, por fortuna; pero subió enclenque y enfermiza. Y ahora, al cabo de los tres años y medio de sinsabores incontables, para colmo de males, atacaba a la pobre criatura una afección a la vista que amenazaba sumirla en la pavorosa desdicha de no ver, cien veces más cruel que la muerte. Porque mientras no le faltara la solicitud y la ter-

nura de los padres, la desgracia seríale más llevadera; pero ¿y después? Triste y amarga la perspectiva de su vivir en lo futuro: inútil, indefenso, a merced de los extraños sentimientos, al refugio de la piedad ajena, veleidosa y momentánea.

* * *

Entre lavar unas piezas de ropa y algunos cacharros, sacudir el polvo de los cuatro trastos, hacer la cama y dejar en el fogón el puchero con el agua hirviendo y las viandas dispuestas, habíasele pasado a Vicenta la mitad de la mañana, contribuyendo a ello las interrupciones de que intercalaba su tarea para acudir junto al niño, dirigiéndole palabras cariñosas, besándole frecuentemente si se le antojaba que la criatura estaba triste, y proporcionándole objetos heterogéneos para que se entretuviese. Suspirando y reprimiendo los deseos de llorar que más de una vez la acometieran, Vicenta dió término a sus caseras ocupaciones y dispúsose a salir. Con pena púsole en esta ocasión a su hijo el trajecito con que otras veces vistiérale para llevarle a dar un paseíto corto por la ancha calle del Marqués del Duero, llena de barracones y teatrillos en los que ofrecían funciones al público por unos

pocos céntimos. Pero al niño no le atraían aquellos espectáculos, prefiriendo andar un poco más y llegar hasta el puerto, placiéndole sobremanera contemplar los distintos vapores, que, amarrados con gruesos cables, daban la impresión de monstruos prisioneros y misteriosos, que al alejarse mar adentro, ya recobrada su libertad, parecían hundirse lentamente en el piélago verde azul, endechando al espacio la estrofa bronca y desapacible de su canción extraña. La grandiosidad del mar conmovía al niño, haciéndole prorrumpir en exclamaciones que eran todo un afán y una sed de imágenes fantásticas y maravillosas.

Aquella mañana no fueron, como en varias tardes de pasados días, a dar un paseo por los alrededores del puerto, sino que, dirigiéndose por la calle del Conde del Asalto a las ramblas, Vicenta condujo a su hijo a la clínica del médico oculista, situada en una casa sucia, lóbrega y destartalada de la calle del Hospital. Cuando, atravesado el portal húmedo y maloliente, ascendió por los anchos peldaños de la escalera con la prisa y la contrariedad que produjérale la suposición de llegar demasiado tarde a la consulta, comprobó, resignándose penosamente, que sus temores no eran infundados. Antes de llegar a la puerta del piso percibió claramente el murmullo de las conversaciones de los que estaban esperando.

No tuvo más que empujar la puerta e internarse por un corto pasillo obscuro para ir a desembocar en una habitación grande que al término del mismo había.

Vicenta no podía dejar de sentir, siempre que entraba en una de esas grandes habitaciones llenas de público, un poco de encogimiento.

Comprendió esta vez, desazonada, que la espera sería larga. Casi todos los bancos de la estancia—bancos largos y toscos de madera de pino sin pintar, y arrimados a las paredes—ocupábanlos muchas personas de aspecto pobre y actitudes melancólicas. Algunos, de nervioso temperamento, cansados de aguardar inmóviles en los bancos, habíanse levantado y paseaban de un extremo a otro del aposento, dirigiendo a intervalos sus miradas hacia la puerta de consulta, por donde entraban los que les llegaba la vez, sin permitirse la más pequeña alteración del riguroso turno.

Vicenta, una vez que hubo entrado, dominada la ligera turbación que hacíale experimentar el saberse examinada minuciosamente por tantas personas extrañas, dirigióse, conocedora de la costumbre, a un hombre cetrino, de cara hosca y mirada impertinente, quien, después de oír la solicitud de la recién llegada, entrególe una chapa redonda de metal, en cuyo centro había grabado el número cuarenta y siete.

—¿Cree usted que hay para mucho tiempo? —interrogóle Vicenta con ansiedad.

Pero el hombre de agrio humor no estaba para dar explicaciones, y la respondió con malos modos.

El no sabía lo que iba a tardar cada cual en despachar; pero si no podía esperarse mucho, tenía el recurso de irse cuando bien le pareciese.

Vicenta no insistió, un poco avergonzada. Una vieja que estaba próxima a ella hizo comentarios con un tonillo de voz aguda que requirió por un momento la atención de muchos.

—Aquí no se puede preguntar, ni quejarse aunque le maten a uno, ni decir una palabra. Si viniera una en coche y con la cartera forrada de billetes, distinta sería la decoración y otro el recibimiento; pero como uno es pobre y le atienden gratis, aunque sea de mala manera y peor que a bestias, hay que agradecerlo todavía. ¡Cómo ha de ser!

El hombre cetrino clavóle una mirada severa a la que estaba murmurando, y se acercó.

—¿Qué hay? ¿Qué es lo que está usted diciendo? A ver, explíquese; pero con claridad, para que yo la oiga y la entienda.

A la vieja se le enrojeció un poco la cara.

—¡Si está usted a disgusto, se marcha usted a la calle ahora mismo!

—¡Jesús! ¡Pero si yo no digo nada! Pregunte a las personas que están a mi lado, y podrán asegurarle...

—¡Bueno; ya estamos hablando demasiado! Conque ¡a callar!

La vieja enmudeció, aguardando a que el hombre volviera las espaldas para mascullar ciertas palabras entre dientes. A lo mejor abríase una puerta, y el hombre acrimono, con voz desagradable, anunciaba:

—¡El número que sigue!... ¡A ver!

Y si el requerido no acudía inmediatamente, se impacientaba el hombre bilioso, y, alzando la voz, formulaba una repulsa:

—¡A ver! ¡El número que sigue!... ¡Estamos perdiendo el tiempo!

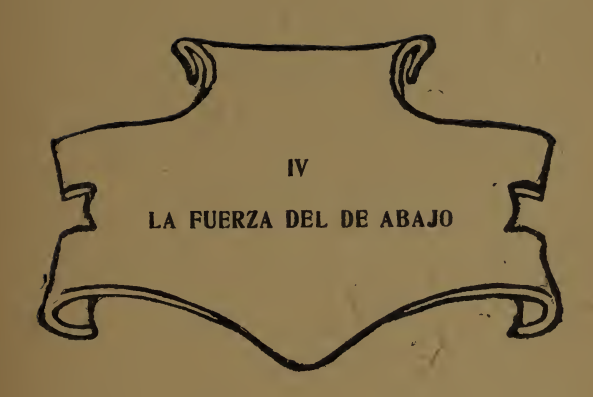
Y la aludida o aludido que alguna vez pasárales inadvertida la llamada entraban prontamente al cuarto inmediato, sin librarse de las admoniciones insultantes del hombre de la puerta, que desempeñaba su cometido con todo el rigorismo y la brutalidad de un vigilante carcelario.

Pasaban las horas, y el cuarto de espera iba vaciándose con lentitud. Vicenta sudaba de angustia y de impaciencia. El espectáculo que ofrecíase a sus ojos le causaba impresiones deprimentes. Aquí y allá hombres y mujeres de distintas edades, y también algunas criaturas, aguardaban pacientemente, en pos-

turas casi extáticas, tristes, aflictivas, el momento de que el hombre antipático, con su voz dura y autoritaria, les concediera, respectivamente, el permiso de atravesar aquella puerta de enigma y de obsesión, tras la cual gemían los pacientes bajo el cuidado, muchas veces inexperto, de los practicantes primerizos, que, recién acabados sus estudios, ensayaban la virtud y eficacia de sus conocimientos en aquellas pobres gentes, a quienes, por estar asistidas de caridad, érales vedado todo reparo y toda protesta sobre las equivocaciones de que más de una vez eran víctimas sumisas.

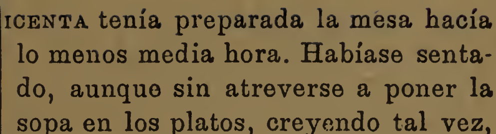
Cuando Vicenta atravesó el cuarto hacia la habitación de operaciones, sintió una confusión de ideas y un nudo en la garganta que impidiéronle por un momento decir cualquier palabra.





IV

LA FUERZA DEL DE ABAJO



Vicenta tenía preparada la mesa hacía lo menos media hora. Habíase sentado, aunque sin atreverse a poner la sopa en los platos, creyendo tal vez, ingenua y absurdamente, que con esta actitud aceleraba el regreso de su marido. ¡Como que todo estaba a punto, en espera tan sólo de que llegase él! Y en esta ocasión, con mayor motivo que otras veces, deseaba Vicenta que *su hombre* se reuniera con ella para manifestarle el diagnóstico que en la clínica oftalmológica habíanle dado con respecto al estado de su hijo. No era lo que le dijeran, en verdad, para desesperarse; pero habíanla hablado de modo tan ambiguo, que la pobre mujer, no obstante las seguridades que le dieran para quitarle toda preocupación, seguía aferrada a sus recelos, creyendo que no le habían dicho toda la verdad por conmiseración o por cierta indiferencia que les impulsara a no ser explícitos, a fin de evitar escenas enojosas de lamentaciones

y de lágrimas. Sí, eran muy capaces; sólo por quitársela de encima a ella y a otros, ¡qué no hicieran! Vicenta entendíalo de este modo, y a propósito recordaba su estancia en el hospital hacía seis o siete años, cuando tuvo unas fiebres tifoideas. Era triste, y causaba indignación. Los días de espera, acogida al turno que indicáronla, aguardando que hubiera una cama desocupada por un desgraciado que acaso saliera a medio curar, tambaleándose, o en el siniestro furgón que transportaba en viajes silenciosos e inadvertidos la carne muerta de los miserables que carecían de familia y de hogar, arrastrándose vagabundos por los caminos de la Tierra apenas con un nombre. Sí; Vicenta recordábalo perfectamente: habíanla dado de alta sin estar buena, alegando, como razón de peso, que otros en peor estado que ella aguardaban la vez para acogerse a la protección de la caridad oficial. ¡Era muy amargo, muy triste y muy odioso! ¡Oh, el simulacro del bien! ¡El sarcasmo de las generosidades aparatosas, con un fondo punzante de inexorable crueldad! ¡Ser como bestias! Pero no; que también había los animales de excepción, animales afortunados que gozaban a todo placer de una vida regalada, como los perrillos grotescos exhibidos en los landós de gentes acaudaladas y aristocráticas, los simios, los caballos de carreras..., anima-

les de adorno, de existencia monótona, sin la inteligencia aguzada por el dolor de los otros animales sujetos a la miseria y al infortúnio, al igual que los seres superiores partícipes de análoga existencia. ¡El hambre, el padecimiento y la fatiga equiparados del ser irracional y de la bestia humana! El paria hallábase en su ruta con el perro vagabundo, exasperado y famélico; el galeote del trabajo veía sucumbir un día y otro día a su compañero mudo y doloroso, el caballo de carga, el caballo sin nerviosidades, sin rebeldías, sin actitudes inesperadas, basto de figura, pesadote, lento, de fatigosa respiración, de resignada mansedumbre, el caballo que todos los días por las calles de la ciudad arrastraba con esfuerzos ímprobos el peso enorme de los carros abarrotados hasta lo inverosímil, ¡hala, hala!, haciendo resonar en las piedras el golpe contundente de sus cascos, marchando con el morro espumeante y balanceando la cabeza con movimientos rítmicos, que eran como una palpitación exterior reveladora del cansancio y de la voluntad en lucha con el desfallecimiento incontenible que invadiérale a mitad de camino...

Vicenta quería ver a su marido, relatarle con la emoción que todavía conservaba íntegra el momento en que a su hijito habíanle aplicado aquellas pomadas amarillentas, de

nombre irrecordable, que hiciéronle prorrumpir en una exclamación dolorosa y honda... Ella había llorado. Parecióle que torturaban a su hijo, y que ella era un testigo impasible de la infame maniobra que se llevaba a efecto. Sentado en su sillita, junto a la mesa, veíale ahora calladito, casi inmóvil, con los ojos vendados y apoyada la frente en una mano, afirmando el codo sobre la mesa, como si, privado de ver contra su voluntad, recogiera en su cerebro, en meditaciones laboriosas, las imágenes desdeñadas de lo más trivial, de lo más vulgar, en aquellos pocos años en que, abiertos sus ojos a la claridad y al aspecto de las cosas, tuviéralas en menos, como poseedor de un tesoro inapreciable que hacíale repeler lo que la ambición de la mirada sorprendía de humilde y de insignificante en sus contemplaciones.

Por fin, el ruido inconfundible para Vicenta de las pisadas del marido sonó junto a la puerta, y casi al unísono el del picaporte con el acostumbrado par de golpecitos rápidos.

Al entrar Tomás, Vicenta, decidida a reprocharle la tardanza, le cogió de un brazo, mientras, fingiendo un poco de severidad, abrió la boca para lanzarle las primeras palabras de desagrado; pero, fijándose de pronto más en él, vióle tan serio, tan cabizbajo, tan «extraño», que olvidó instantáneamente su propósito, y,

sin saber por qué, dulcificando espontánea el tono que pensaba emplear, díjole con inquietud visible, soltándole con rapidez:

—¿Qué tienes? ¿Qué pasa?

Pero él, atento al estado de su hijo, rehuyendo en un principio la respuesta, interrogóla a su vez respecto al niño. Vicenta púsole en antecedentes con breves palabras de todo lo ocurrido. Ahora ella era la que deseaba enterarse.

Tomás se acercó al pequeño, le acarició la cabeza y las manos, y dejó en ellas un beso, dos, tres, muchos besos, hasta que, como si al final se diera cuenta del ansia de que encontrábase poseída su mujer, manifestó con desaliento, atropelladamente, como obligado a decir algo que no hubiera dicho nunca:

—Esta tarde se cierra la fábrica; vamos a la huelga.

Vicenta, como si en su marido residiese la facultad de resolver el conflicto, díjole:

—¿La huelga? Bueno. Pero ¿cerrar la fábrica? ¿Por qué? Algunos habrá que no estén conformes con el paro, y desearán trabajar. Tú el primero, ¿verdad?

—Yo, ya sabes que sí... Ya sabes que siempre he dicho que lo principal es llevar el pan a casa al precio que sea; pero... esta vez no es posible. Acuérdate, hace dos años, en la otra huelga que tuvimos, mataron a un *esqui-*

rol e hirieron a dos. Resulta muy peligroso...; pero, aun así, iría... Mas no se trata de eso. Lo que ocurre es serio. Han amenazado al amo con pegar fuego a la fábrica y destruir todas las máquinas en cuanto vean que intenta reanudar el trabajo con *esquiroles*. Los compañeros son de cuidado. Me asocié para evitar tonterías, del mismo modo que accedo en las elecciones a votar por cualquier tipo estrafalario que me indiquen. Vituperable resulta ser esclavo del que está alto; pero ser esclavo del que va del brazo de uno, lo encuentro más vituperable aún. Y, no obstante, no he podido rebelarme. Si hiciese otra cosa, me sería imposible vivir.

Vicenta le atajó para emitir un pensamiento angustioso que habíale asaltado desde las primeras palabras de su marido:

—Entonces, ¿qué va a ser de nosotros?

Tomás, indeciso y apesarado, hizo un encogimiento de hombros; pero, advirtiendo el fatal efecto que esa actitud produjera a su mujer, deseando rectificar su estoicismo, esforzóse en tranquilizarla con palabras vagas, con suposiciones, en las que Vicenta no encontró consuelo alguno para sus cuitas.

—No hay que asustarse demasiado pronto. ¡Allá veremos!

Pero Vicenta, que, conocedora de las necesidades del hogar mucho mejor que su marido,

tenía más agudizado el sentido de ver y comprender las cosas, impugnó las vaguedades de su hombre con la exposición concisa de hechos que no admitían réplica. El semanal ya era corto de sí para atender a todas las obligaciones: que sólo ella sabía los equilibrios y combinaciones que tenía que ir haciendo para salir adelante, no sin alguno que otro sonrojo padecido por los apremios que para cobrar pequeños atrasos hacíanle acreedores tan vulgares y de tan indispensable trato como los que la proveían de los artículos de primera necesidad. Su confianza de antes radicaba en la seguridad que tenía de poder pagar sus deudas en un plazo determinado, con alguna que otra prórroga corta; pero ahora, ¿qué hacer? ¿A nombre de qué solicitaría de nadie que aguardase? ¿O es que podía atreverse a la superchería, al engaño, que únicamente pudiera atenuarle el conflicto un par de días más? ¡Imposible, imposible! Aquello era la ruina, la miseria inmediata. Y en aquellos momentos críticos, en que hallábase necesitada de recursos más que nunca para atender a su hijo. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Los ricos podían soportar una huelga tranquilamente, sin graves meditaciones: todo se reducía a una merma en las ganancias... Pero ellos, ellos, los que vivían al día, ¿cómo renunciar a un trabajo bien o mal remunerado, que les permitía, ante todo, no morirse de ham-

bre? Y Vicenta, al decir todo esto, se desesperaba cada vez más. A este propósito recordóle a su marido las huelgas anteriores, y, sobre todo, aquella que había tenido una duración de mes y medio. Pero Vicenta no se amilanó entonces como ahora. Era muy distinta la situación. Acababan de casarse; no tenían que preocuparse más que por ellos mismos. Ambos habían aportado unos ahorrillos, que se desvanecieron prontamente; pero la ignorancia de muchas penalidades que vinieron después hacíalos más audaces, empujándolos a desafiar lo desconocido con una serenidad y una fortaleza de criaturas superiores. Pero esta vez no. La angustia de Vicenta no tenía límites. Preveía los momentos de intensa amargura que, al irse prolongando el paro, traeríales con el transcurso de los días las perplejidades de dolor y las resoluciones súbitas, fatales, impremeditadas, consecuencia de la catástrofe incontenible, de los días de hambre y de las amenazas de los inconvencibles acreedores, con el casero al frente, que les señalaría, enérgico y sordo a toda razón, la perspectiva del desahucio.



V

LA BESTIA HERIDA

Tomás pasaba casi todo el día fuera de casa. Oprimíasele el corazón viendo a su mujer y oyendo sus lamentaciones, sabiéndose impotente para desviar el rumbo de la fatalidad, cernida sobre ellos. Su regreso al hogar era triste, de una aflicción profunda, irremediable. Eran malas las noticias que traía; y aun cuando procuraba atenuarlas repitiendo a su mujer los vaticinios de arreglo y de solución que su deseo sugeríale, echábase de ver que no conseguían un gran efecto persuasivo en el ánimo de Vicenta, que adivinaba, a través de todos aquellos titubeos y optimistas hipótesis, augurios intranquilizadores y funestos. Vicenta, por su parte, hacía todo lo humanamente posible para no carecer de lo más preciso; pero, con todos sus esfuerzos inauditos, comprendía que, de prolongarse mucho aquel estado de cosas, no tardaría en sobrevenir el momento terrible de tener que abandonarse a los arrebatos de

las intensas desesperaciones. Por de pronto, había hecho ya un par de viajes a la más inmediata casa de préstamos, obteniendo a cambio de la pignoración de dos bultos de ropa —sábanas, dos mantas, un vestido en buen uso, una mantilla—diez y nueve pesetas, cantidad misérrima que no le permitía siquiera el desahogo momentáneo de poder aguardar con relativa tranquilidad el transcurso de los primeros días de huelga.

Una tarde—obscurecía ya—Vicenta vió venir a su marido con el semblante más abatido que nunca, encerrado en un mutismo que daba pie a las más enervadoras suposiciones.

Después de las muchas preguntas que le dirigiera su mujer, Tomás habló concisamente, con un tono de voz que revelaba lo hondo de su cavilación. Los obreros—hombres y mujeres—rondaban frente a la fábrica, al acecho, con el propósito de evitar la vuelta al trabajo de ninguno de sus compañeros, y menos, mucho menos, la presencia de un *esquirol*. A ésos los odiaban a muerte. Por su culpa habían fracasado muchos movimientos próximos ya al ansiado instante del triunfo. La fábrica hallábase custodiada por parejas de la Guardia civil; pero, no obstante, eran inevitables algunos incidentes, que a veces adquirían proporciones de extraordinaria gravedad.

Aquella tarde, por ejemplo, *Cinto,* uno de los carreteros de la fábrica, había sido herido. Pilláronle solo en el camino, y, aprovechándose de la impunidad que les brindaba el momento, le acometieron, dejándole tendido en el carro con el brazo izquierdo atravesado de un balazo.

Vicenta se emocionó profundamente, aconsejando a su marido cordura y discreción.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! — atribulábase la pobre mujer, exclamando con un egoísmo de madre perfectamente natural: ¡Qué gran desgracia! ¡Si al menos se hubiera planteado la huelga estando su hijito bien! ¿Y por qué no? Por instinto de conservación, por apego al hogar, en el que tantas penas y escasas alegrías habíanse amasado juntas. ¡Si al menos aquel inopinado designio hubiérase realizado sorprendiéndolos sin deudas, sin atrasos, con un pequeño «rinconcillo» con el que poder hacer frente a la situación! Pero vivían con tal apuro, tan menguadamente, que irse defendiendo contra los numerosos obstáculos que oponíales la escasez, constituía ya por sí solo un hecho verdaderamente heroico.

A pesar de todo, Vicenta no quería abrumar a su marido recordándole a cada instante las tristes circunstancias por que estaban atravesando. Demasiado comprendíalo él, y demasiado demostrábalo a través de su actitud de-

primida y hosca, de sus ensimismamientos, de sus incoherencias en las palabras. Vicenta procuraba consolarle lo posible, reprimiendo sus propias lágrimas, divagando—ahora correspondíale a ella—en tonos de esperanza y de optimismo, esforzándose enormemente por impedir que su marido, dejándose arrastrar por un fatal cuarto de hora de desaliento, consumara un desatino de desdichadas consecuencias para todos.

A Tomás Minguella irritábale en grado superlativo la actitud de apática irascibilidad incomprensible en que se habían colocado sus compañeros. El no consideraba suficientemente oportuno el capítulo de demandas presentado a la clase patronal. No databa de muchos meses la concesión de los últimos aumentos de jornales, habiendo bastado una ligera persistencia para conseguirla. Cuando Tomás, mostrándose deseoso de exponer su opinión, intentaba discutir—él, tan reacio a entablar polémicas fútiles—, sentía sobre su persona el latigazo de las miradas despectivas de los compañeros, que, recelosos e indignados, repudiábanle para lanzarle como un insulto:

—Eres un perro agradecido a los huesos que te echa el amo bajo la mesa. Eres un hombre anodino y pusilánime, con la estupidez del esclavo, que besa las cadenas que le oprimen, impidiéndole vivir a su albedrío.

Otros, lejos de despreciarle como a algo insignificante, acusábanle de deslealtades, lanzándole improperios denigrantes, atribuyéndole la misión indigna del espía, del confidente, a quien interesaba el fracaso de la huelga por conveniencia propia, deseoso de obtener las gratificaciones ofrecidas en recompensa de su servilismo repugnante. Tomás rebatía con calor estas acusaciones, mostrándose poseído de la mayor indignación. Él no tenía que agradecer dádiva alguna en pago de una conducta vil como la que se le suponía; pero tampoco odiaba el instrumento del trabajo, ni apetecia el exterminio de los que dábanle el pan. Él miraba a la fábrica, con angustia a veces, con dolor otras, pero jamás con odio..., porque ello hubiera sido tanto como mirar con horror y cólera a la Humanidad y a la vida... No; ciertamente, no sentíanse todos sus compañeros en su disposición de ánimo; muchos de ellos desconocerían la emoción que él experimentaba todos los días cuando con las tenuidades blancamente luminosas del amanecer flotaban en el aire, rompiendo la quietud reinante en la población, los ecos de la conocida voz de tantos años, aquella voz un poco desapacible, grave y melancólica de la sirena de la fábrica lanzando al corazón de la ciudad el llamamiento explícito, al que acudían, no los ejércitos de la destrucción y del aniquilamien-

to y del tributo a la muerte como en las guerras desatentadas de los pueblos, sino las legiones de la vida, de aquellos átomos que uníanse para una obra afirmativa, creadora, dinámica, en fecundas actividades, en laboriosidad impertérrita de abejas, que era como un reproche a los aparentemente privilegiados, pero sujetos al potro de la impotencia martirizante, convertidos por la ociosidad del pensamiento y de la acción en seres embrutecidos, en figuras petrificadas, con la sensibilidad sorda, amorfa, arrastrándose como cosas inútiles, faltos de un objetivo, rodando al azar como cosas inestables, como arena de un desierto empujada por el torbellino de todos los vientos.

Tomás Minguella veíase interrumpido con frecuencia en sus explicaciones. Los que habían tenido la calma de oírlo hasta el final, llenábanlo de insidias y de apóstrofes. ¿El encomio del trabajo? Vaya, muy bien; pero cuando el trabajo no significara el castigo de unos en provecho de los demás; cuando el trabajo no fuese el grillete de las clases proletarias, dispuesto en forma que les evitase, entreteniéndolas, sujetándolas el día y la noche, la comprensión del contraste formado por las desigualdades irritantes: el lujo y el despilfarro con el harapo y la estrechez, la abundancia procaz con la miseria más completa y do-

lorosa... ¡Vaya! Tomás era el hombre que no concebía la vida sin obedecer a un amo... Sentía, por lo visto, la necesidad de los latigazos de alguien que, siendo del mismo barro, presentárasele como un ser superior...

Pero Tomás no se consideraba vencido. Sin parar mientes en la intención zumbona y despreciativa de su preopinante, cogíale de un brazo, y con cierta serenidad, con la calma que prestan las enteras convicciones, decía a su vez:

—¡Pobre hombre, que te crees monopolizar el drama de la vida, y te enfureces y crispas los puños porque supones que la adversidad sólo se ha hecho para ti!... Y, sin embargo, todos los seres gimen sobre la Tierra, siendo mayores y más hondos los gemidos internos cuanto mayores son las apariencias fingidas por un antifaz en el que esté estereotipada una risotada escandalosa e insultante de payaso. Fíjate en la modistilla, que languidece y muere lentamente bajo la pantallita de luz roja, y a quien todos los amaneceres sorprenden con la aguja en la mano; fíjate en este infeliz empleado oficinista, lleno de agobios, porque, siendo mezquino el sueldo, ha de atender a necesidades superiores a las que le permiten sus medios: las apariencias del vestir, las obligaciones ineludibles de la contemporización, los deberes a que moralmente le obliga el nivel

social en que se encuentra; fíjate en ese desdichado, trajeado irreprochablemente, ostentando joyas en todas partes, pero que no descansa, que no vive, con la eterna y avasalladora preocupación de la marcha poco próspera de sus negocios, que, sobre dejarle arruinado, puede ponerle ante los ojos el supremo recurso de huir a sus grandes compromisos pegándose un tiro. Y asi por este orden es necesario considerar y entender las cosas para que no escape a nuestra razón la constante tragedia que palpita en todo.

No entendían, o no querían entenderle. De antemano, sin reflexionar la certeza o apreciar el error de sus palabras, atribuíanle los móviles reprobables que la obcecación hacíales suponer, sólo por encontrarle distanciado de sus opiniones. Un tanto desalentado, pero firme en sus juicios, Tomás seguía arguyendo, esperanzado de poder llevar a alguno de sus compañeros al terreno de la verdad, del convencimiento.

Los más insurgentes intentaban anonadarle con sus afirmaciones categóricas.

Estaba bien... Tomás erigido en defensor de los explotadores, de los que, atentos al afán de lucro, amontonaban moneda sobre moneda mientras discutían fieramente la mezquindad de un salario.

Pero Tomás no creíase en el caso de callar,

falto de argumentos. ¿Explotación? Perfectamente. No quería enzarzarse en discusiones por la propiedad con que se empleara una palabra. Pero ¿y la no explotación de los que, acumulando rentas, invertían sus capitales en forma de la cual no llegaba ni una mínima parte a beneficiar a los siervos de la Edad Moderna? ¿Era, por lo visto, más acreedor al odio de los de abajo el que, fuera por la finalidad que fuere, creaba empresas de trabajo, grandes núcleos de producción, que representaban los medios de vida de las grandes muchedumbres obreras, o bien el que, poseedor de grandes caudales, reteníalos avara y sórdidamente improductivos por el temor cobarde del riesgo, impidiendo que al abrigo de su potencia de privilegiado medraran otros seres que los que formaban la pequeña agrupación de una servidumbre obligada a la constante pleitesía y mansedumbre de seres inferiores y a la ostentación ruidosa y a la exhibición continua que, a través de su ridícula insignificancia, pregonaba la categoría social del amo, muchas veces un pobre diablo ridículo e incapacitado de administrar por sí mismo sus propios intereses? ¿Era, por lo visto, más digno de consideración el que atesoraba por egoísmo dentro de su torre inhospitalaria o repelente, o el que en pos de la fortuna solicitaba el esfuerzo ajeno para convertir las extensiones

eriales en huertos ubérrimos, pletóricos de savia, de la que gozaban, en mayores o menores proporciones, el arbolillo altivo, que extendía en una quimera irrealizable sus ramas hacia el cielo, y la hierba humilde, sin fragancia, que a ras de tierra, pero en derredor al árbol, gozaba con más o menos equidad del don sacrosanto de la vida? Los primeros eran aquellos que, huyendo de todo contacto con el pueblo, entregados a su existencia muelle, regalada y orgiástica, o a la obsesión tenebrosa del culto avasallador al becerro de oro, extrañábanse, como aquella reina de Francia, de que el pueblo no aplacara su hambre con bizcochos, o veían la muerte de un semejante, o un dolor ajeno, como la desaparición de un enemigo o la ayuda providencial de un ser todopoderoso que se complacía en barrer de obstáculos las cercanías de la guarida negra o dorada del cautivo voluntario, esclavo de su ambición absurda, hecha locura de crueldades y voluptuosidad de odios. Los otros, por el contrario, desde el castillo de sus humanos egoísmos sentían la necesidad de la asociación, y, aun sin renunciar al goce moral de la supremacía, demolían los muros inasequibles de sus fortalezas, y, templando su altivez, oteaban las llanuras estériles, calcinadas por el sol, y al divisar a las multitudes decrépitas, errabundas, sin orientación, llamábanlas

a sí para mostrarles la ruta floreciente en que la tierra, estremecida por las enérgicas actividades del cultivador, como hembra fecunda, en respuesta a la invocación reiterada de quien rendíale el tributo de todos sus esfuerzos, regalábale con el opimo fruto de sus entrañas, que era dolor, pero también vida, renovación, eternidad.

Tomás sentíase poseedor de una elocuencia extraña... Hablaba sin una duda, sin una vacilación, como si estuviera describiendo algo que muy claramente veía... ¿La rebelión emancipadora? Muy bien; pero empezando por los inútiles, cuya vida inerte, pútrida, flotaba en el pantano maldito de las riquezas ocultas... Pantano de aguas muertas, a cuyas orillas no crecía una planta, y cuya superficie no rozaba jamás el pico de un ave afanosa de aplacar su sed. ¿Ir contra las fábricas? Perfectamente; pero cuando no quedaran palacios ni alcázares en pie; cuando fueran sólo escombros las guaridas negras de los que hacían vida miserable, durmiendo sobre un jergón mezquino, en cuyo vientre de podridas pajas escondíanse tesoros.

Los compañeros de Tomás no admitían estos razonamientos, y, encogiéndose de hombros, apartábanse de él con despecho, llamándole vendido y lacayo, y acusándole de defender por cuatro cuartos una teoría estúpida.

* * *

Se celebró el mitin anunciado para tratar del desenvolvimiento de la huelga. Tomás asistió a él con el presentimiento de sufrir una decepción. Efectivamente, no se había decidido nada práctico ni conveniente. Uno de los que habían hablado en la reunión—gesto teatral, conceptos sonoros y figura de politicastro—estuvo disertando media hora larga acerca de la actitud que debían adoptar los obreros en tan crítico momento.

—Sobre todo—afirmaba con ademán enérgico—, debéis sosteneros intransigentes, resueltos hasta el fin, inaccesibles al halago y a las promesas, recurso artero que debe ser despreciado siempre por vosotros. Debéis demostrar ante todo vuestra cohesión, vuestras aspiraciones unánimes, basadas en puntos concretos, en un objetivo determinado que no admita modificaciones ni atenuantes. Nada de parlamentar días y días, mostrándoos propicios a un espíritu de avenencia, revelador de titubeos y flaquezas, que siempre se aprovechan por la parte contraria para infligiros una derrota. Cerrad vuestros oídos a las palabras, porque de ellas nada conseguiréis: son artilugios, añagazas para infiltrar en vuestro espíritu la duda, la confusión. Que se vea siempre en vosotros a la bestia que, si se la hiere, se revuelve furiosa, dispuesta a clavar mortales zarpazos en el pecho de quien intenta aniqui-

larla, acosándola, abriendo zanjas en su camino. Prefiero mil veces veros así: hoscos, amenazadores, faltos de condiciones orales, de picardías diplomáticas. Sois una fuerza evidente cuyo poder por todos se halla reconocido. ¡Ay de vosotros el día en que evolucionarais hacia las actitudes pacíficas, y en lugar de constituir la muchedumbre amenazadora y arrollante que produce intranquilidades y terrores a los de arriba, quedarais, por el contrario, reducidos al montón de seres dolientes y suplicantes, rogando en vez de exigir, abandonándoos a las lamentaciones ineficaces en vez de lanzaros con toda energía a la batalla que os presentaban, confiados en vuestra mansedumbre y vuestra debilidad cobarde, los que forman el ejército del capital! Nada de arreglos ni componendas. Ni uno solo de vosotros ha de acudir a la fábrica hasta tanto que se satisfagan vuestras reclamaciones. Al que os traicione, al que os venda, al que, disintiendo del acuerdo unánime, vuelva al trabajo, tratadle sin compasión, juzgadle como se juzga a los traidores: con todo rigor, sin contemplaciones.

La arenga del politicastro fué acogida con vítores y aplausos estruendosos. A la salida del mitin los obreros huelguistas hacían animados comentarios; Tomás, desalentado, preso del mayor enervamiento, se marchó a su casa.


VI
EL DRAMA A LA LUZ
DEL CREPÚSCULO

TEMO que ocurra algo—había dicho Vicenta con gesto angustioso, hablando en el comedor de su casa con la inquilina del piso de enfrente, a la que uníanla amistosas relaciones.

Ésta trató de calmarla asegurándole que sus miedos eran ilógicos. La vigilancia era mucha, y no creía que acaeciera con tal motivo ningún percance.

—Yo le he pedido por todo lo del mundo que no vaya—decía Vicenta con la voz alterada por la emoción—. Se lo he pedido de rodillas, exponiéndole mil razones que le convenzan de ello.

—Entonces, pierda cuidado—adujo la vecina, aunque ella, a decir verdad, también participaba de cierto inquietador presentimiento que no se decidía a revelar.

—Hoy han abierto la fábrica por si va alguno—manifestó Vicenta—; pero es inútil. Como algún desgraciado se atreviera, no fal-

taría quien le viese y le denunciara a los compañeros..., y éstos ya sabe usted que a la corta o a la larga se vengan. Entre ellos hay alguno ruin, de malas entrañas, que solivianta a los demás y les impulsa a hacer lo que no harían por su propio instinto... A Tomás no falta quien le tenga ojeriza. Se han empeñado en que el amo hace distingos entre él y los demás, que le da gratificaciones, que piensa hacerle capataz... Y no hay nada, absolutamente nada de esto, sino que mi marido es de buena conformidad, a todo hace buena cara, y cuando trabaja está sólo a su obligación, y lo que hace no lo hace de mala gana, aun cuando a veces tenga sus motivos de contrariedad, como todo el mundo. El pobre es un hombre que no se mete con nadie, que va a lo suyo, pensando en su casa, en la familia y en el cumplimiento de sus deberes. ¡Si no hemos nacido más altos, qué le vamos a hacer! Si hubiera salud y no careciésemos de lo necesario, viviríamos contentos.

—¡Vaya, vaya!—decía la vecina procurando convencerla—. ¡Cuando yo le digo a usted que esté tranquila!...

—No; no puedo estarlo. Él ve demasiado nuestra situación. Llevamos diez y ocho días sin que en esta casa ingrese más dinero que la misérrima cantidad que entre lo que en la sociedad le dan a él y lo que con cuatro piezas

que yo coso de ropa blanca me procuro. Así no podemos continuar... Si no fuera por algo extraño que me detiene y domina mi pensamiento, haría cualquier cosa: me tiraría por el balcón.

La vecina, haciendo un ademán de susto, esforzóse en apaciguarla, prodigándole palabras de consuelo, palabras de fortalecedora confianza.

* * *

Cuando Vicenta lo supo, sufrió una impresión tremenda. Primero quedó muy pálida, con un temblor nervioso que sacudía todo su cuerpo, trabándole la lengua hasta convertirle la voz en balbuceo de palabras que hacíanse difíciles de comprender; luego brotó en gemidos y gritos la intensa desesperación que acababa de acometerla; y al fin, con movimiento rápido, los ojos febriles, el rostro descompuesto, corrió a la puerta decidida a salir. Fueron inútiles cuantos intentos hizo la vecina para retenerla. No obtuvo más palabras que las de súplica para que cuidara un momento de su hijo.

Cuando Vicenta se vió en la calle, tal era su perplejidad, que estuvo un momento dudando hacia dónde dirigirse. Para ella no había más que una interior repetición de palabras obse-

sionantes. ¡Él herido! ¡Él estaba herido, quizás ¡¡muerto!! De pronto tomó una determinación que acababa de sugerirle un pensamiento luminoso. Ir a la fábrica; allí sabría lo que ocurrió, allí le dirían dónde podría ver a su marido. Como sonámbula anduvo por algunas calles, sin fijarse en lo que acontecía a su alrededor. Por fin, cerca de la calle de Aldana, en la del Marqués del Duero, subió al tranvía, cuyo trayecto llegaba hasta Hostafránchs. El recorrido se efectuó con plena inconsciencia de Vicenta, que no tenía ojos más que para mirar a las imágenes de sus íntimos dolores. En el principio de la calle de Cruz Cubierta se apeó. Hallábase en el comienzo de la barriada de Hostafránchs. Hacía tanto tiempo que no había ido por allí, que tuvo que meditar un momento para orientarse. Segura ya, encaminó sus pasos carretera adelante, dirigiendo tan sólo una mirada de inspección a derecha e izquierda cuando pasaba por los cruces de las calles que dividían su camino horizontalmente, calles en formación, solitarias, con tres o cuatro casas de dos pisos, campos vallados y abiertos, y al extremo, a veces, las altas paredes de una fábrica que no era la que Vicenta iba buscando, sacudida por un cúmulo de emociones acongojantes. Empezaba a extinguirse la luz del día. El fondo azul del cielo iba adquiriendo tonos grises, entre los

que destacaban como cabelleras extendidas al viento las plomizas y negras humaredas de las chimeneas fabriles, formando en el aire prodigiosas espirales que se reducían y se dilataban, encogiéndose y contorsionándose como ofidios acometedores. En largos intervalos de tiempo iban y venían algunos carros y varios camiones repletos de bultos, que pasaban cercanos a Vicenta, dejando tras de sí nubecillas de polvo. El Sol brillaba mortecino en el espacio, como si entre sus fulgores y la Tierra interpusiérase un crespón que obscurecía sus rayos.

Vicenta, deteniéndose de improviso, creyó reconocer con alegría y angustia el lugar en que se encontraba. Torciendo el rumbo de sus pasos, entró por una calle larga, abandonada, sucia, con el camino lleno de hondos surcos impresos por las ruedas de los carros. Aquí y allá veíanse inmundicias, y en torno de ellas, un revoloteo de moscas grandes, de un color negruzco tornasolado, pegajosas y rumoreantes. De trecho en trecho, en una pared, sobre vallados de madera que cerraban terrenos, con el consabido cartelito en el centro indicador del número de palmos de extensión y de las señas del propietario que deseaba venderlo, mostrábanse en groseros trazos inscripciones obscenas, injuriosos calificativos y dibujos asquerosos con epígrafes de un cinismo burdo.

A mitad del camino Vicenta dirigió su paso hacia la derecha, entrando por un a modo de callejón a cuyo final divisó la pequeña cuesta por la que, después de andar unos minutos, llegábase a la fábrica objeto de sus pesquisas. Ya no faltaba mucho, ya no tardaría en saber hasta qué punto era real la magnitud de su desgracia... Súbitamente oyó Vicenta varias voces a su espalda. Sin saber por qué, pero dominada por un miedo repentino, volvió la cabeza y experimentó un rudo sobresalto.

Hacia ella corrían varias mujeres en actitud decidida y hostil. La alcanzaron inmediatamente y la rodearon, zarandeándola una de ellas con brutalidad.

—De modo que a pedir trabajo, ¿eh? A zafarse de los acuerdos, aprovechándose de la ocasión para hacer méritos y ser admitida y ganarse el mendrugo, mientras las otras se comían los puños, fieles a la palabra empeñada...

Vicenta intentó sacarlas del error; pero en seguida tuvo que renunciar a ello, dispuesta al sacrificio que le estuviera reservado.

Una de las huelguistas, airada, blasfemando constantemente, como si aquel aluvión de palabrotas produjérale cierta incomparable voluptuosidad, empujó a Vicenta, tirándola a un lado del camino, mientras barbotaba, descompuesta, los ojos enrojecidos, la boca enormemente abierta:

—*Mireu la mala p...! Y encare nega, y encare nega!...* (1).

Las demás, no menos exasperadas, colaboraron en su indignación. Mostráronse fuera de sí.

Vicenta, aterrada, sin ánimo para gritar, recibió golpes, puntapiés, salivazos. Todas denostábanla, rugían, vociferaban furiosas, increpando a Dios y a los santos. Parecían enzarzadas en un pugilato de palabras prostibularias, de conceptos canallescos.

La que primero agredió a Vicenta, hecha una furia, demostrando una rabia sin límites, encaróse con las demás y las amonestó con su voz hombruna, abominable, de marimacho.

Ahora ya lo sabían. A hacer lo dicho, para que sirviera de escarmiento.

A su conjuro, todas manifestáronse dispuestas a secundarla. En un momento Vicenta se sintió sujeta de brazos y piernas por dos o tres de aquellas mujeres, al tiempo que las demás desnudábanla a tirones, facilitando la tarea con tijeretazos que rasgaban de extremo a extremo las ropas de la infeliz mujer. Casi sin darse cuenta se vió desnuda, sin las faldas, sin la enagua, sin la prenda de ropa más íntima, que arrancáronle a zarpazos. Convulsiva-

(1) «¡Mirad la mala p...! ¡Y aun niega, y aun niega!...»

mente salieron los sollozos de la garganta de la desgraciada. No obstante, aun faltaba algo para completar lo dispuesto. La que parecía capitanear a las otras, cogiendo las tijeras, se acercó a Vicenta, y destrenzándole el pelo con una mano, con la otra fuéselo cortando hasta dejarla con unas melenas desiguales y ridículas. El aspecto que ofrecía la infortunada después del atropello era grotesco y doloroso, con ese dolor regocijante de los payasos, que vierten toda su amargura en una carcajada. Después del acto vil sobrevino el capítulo de las infames burlas:

—*Ay, filla; fixati! Sembla un escuradents! Es veu que tragina gana!...* (1).

Fué la alusión cruel a la demacración que en el cuerpo de la pobre mujer habían motivado las privaciones y los sufrimientos de muchos días.

Después de estas sátiras vinieron otras aun más indignas y repugnantes.

Aquellas mujeres éranlo por un sarcasmo de la Naturaleza. Finalmente, uno de los monstruos con faldas se aproximó a un lugar del camino en el que había un hoyo poco profundo, y extrayendo del mismo una cantidad de barro mojado y negro, regresó al punto en

(1) «¡Ay, hija; fíjate! ¡Parece un mondadientes! ¡Se ve que trae hambre!...»

que yacía la víctima temblorosa, con los ojos cerrados, y entretúvose, mientras sus compañeras vigilaban, en salpicar su cuerpo desnudo de manchas de lodo, de aquel lodo nauseabundo y glutinoso como una baba, que producía asco. Luego, ya consumada la venganza, alejáronse aquellas mujeres del lugar de su acción, procaces, retadoras, satisfechas, con la satisfacción de haber consumado con sus propias manos el acto en que deseaba recrearse la perversidad de sus instintos.

FIN

ÍNDICE



LA BESTIA HERIDA

NOVELA

OBRAS DE JOSÉ MARIA DEULOFEU

PUBLICADAS

	Pesetas.
LA MUJER DIFÍCIL (novela)................	3
LA ODISEA DE ANSELMO GARCÉS (novela).	3,50
ESCLAVOS (novela)........................	3
FRACASOS Y DERROTAS (novelas)..........	3
CRÁPULA (edición de *El Cuento Levantino).*	
EL AMOR DE LAS MUÑECAS (novela), prólogo de José Francés........................	3,50
BUITRES DE CIUDAD (novela)..............	3,50
LOS LITERATOS (novela)..................	3
TANÍN Y SU HÉROE (novela), editada por la Librería Internacional......................	2,50
EVA LETICIA (novela)......................	3,50
LA BESTIA HERIDA (novela)................	1,50

EN PRENSA

EL AUSENTE (novela)......................	3

